

ACTAS DEL II CONGRESO IBERO-ASIÁTICO DE HISPANISTAS (KIOTO, 2013)

Shoji Bando y Mariela Insúa (eds.)



LA ISLA DE CIPANGO (JAPÓN) EN EL PRIMER VIAJE DE CRISTÓBAL COLÓN. REFERENCIA Y MITO

Ángel Delgado Gómez
University of Notre Dame

Está claro que la idea del Almirante de la Mar Océano era alcanzar las tierras de Asia por una nueva ruta marítima más corta, y por ello las islas del Caribe se situaban en su opinión próximas a Catay (China) o Cipango (Japón). De ahí que Colón se refiriera a las islas en su conjunto como las Indias, es decir las islas próximas a la India o más bien las islas situadas en el espacio conocido en la época como Océano o Mar Índico. Ni en su primer viaje ni en tres de los posteriores Colón reconoció nunca haber descubierto un territorio ignoto a Occidente, por lo cual las Indias, nombre hartamente ambiguo y equívoco primero y definitivamente erróneo tras la expedición de Magallanes en 1521.

En el caso más temprano de su primer viaje, la obsesión de Colón por encontrar referencias del Oriente le hace, más que crear topónimos nuevos, reconocer los que él cree son topónimos locales y relacionarlos con la toponimia de Marco Polo. Colón no quería descubrir nada, y su intención era por tanto un primer intento de toponimia de reconocimiento e identificación, no de creación. La base casi única de su conocimiento del Oriente era la obra de Marco Polo, escrita dos siglos antes, que conocía bien y seguía literalmente¹.

¹ Conviene recalcar que los escritos de Marco Polo (1254-1324) tenían casi tres siglos de vida cuando llegan a Colón. Su información sobre la situación política y económica estaba desfasada pero a falta de otras fuentes, continuaba siendo la fuente de datos más importante para la época. En compañía de sus tíos, Marco Polo descri-

De haberse topado el 12 de octubre y días siguientes con una realidad continental, sin duda hubiera intentado encontrar referencias de Catay o de la costa de la India, que el veneciano recorrió y describe en su obra. Pero en vez de ello el Almirante encuentra una realidad insular, habitada por pueblos primitivos que en nada parecían asemejarse al Oriente de Marco Polo ni menos aún a los súbditos del Gran Can. Esto le lleva a buscar como referencia la isla de Cipango, que Marco Polo conoció solo de oídas, pero que a la sazón ni él ni ningún occidental la había jamás visto con sus propios ojos.

¿Qué dijo Marco Polo de Cipango? Su mención es muy escueta pero no por ello menos importante. De hecho es de enorme trascendencia, ya que es la única que tiene Occidente hasta el tiempo de Colón, e incluso se tardará mucho tiempo más tras morir el Almirante en que un occidental visite el país y lo describa. Citemos pues a Marco Polo²:

CLX. En donde se trata de la isla de Cipango (Japón)

Cipango es una isla a Levante que está a 1.500 millas apartada de la tierra en alta mar. Es una isla muy grande. Los indígenas son blancos, de buenas maneras y hermosos. Son idólatras y libres y no están bajo la señoría de nadie. Tienen oro en abundancia, pero nadie lo explota, porque no hay mercader ni extranjero que haya llegado al interior de la isla. Os contaré de un maravilloso palacio que posee el señor de la isla. Existe un gran palacio todo cubierto de oro fino, tal como nosotros cubrimos nuestras casas e iglesias de plomo, y es de un valor incalculable. Los pisos de sus salones, que son numerosos, están también cubiertos de una capa de oro fino del espesor de más de dos dedos. Todas las demás partes del palacio, salas, alféizares, todo está cuajado de oro. Es de una riqueza tan deslumbrante, que no sabría exactamente cómo explicaros el efecto asombroso que produce el verlo.

be con notable precisión los recuerdos de un largo viaje que hizo en compañía de sus dos tíos mercaderes por la Ruta de la Seda hasta China, India y el Extremo Oriente, que duró 24 años. Regresaron a Venecia en 1295, tras recorrer más de 24.000 km, cargados de riquezas. Unos años después Marco Polo resumió este viaje en un libro conocido como *El Libro del millón* que alcanzó una gran fama en la Europa Medieval.

² Se cita por la traducción de María de Cardona y Suzanne Dobelmann disponible en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes que se recoge en la bibliografía.

Tienen perlas en abundancia de un oriente rosa, preciosas, redondas y muy gruesas. Son de tanto valor como las blancas, o más. Tienen varias otras piedras preciosas. Es una isla muy rica, cuya riqueza es incalculable.

CLXII. Donde se habla del culto de los idólatras

[...] Este mar en que está situada la isla se llama el mar de la China, es decir, el mar que rodea a Mangi, pues los naturales de esta isla, cuando quieren decir la China, dicen Mangi; pero la China está hacia Levante, y tiene, según los pilotos y navegantes que la conocen, 7.448 islas, de las cuales muchas habitadas, y en estas islas no hay árbol que no sea aromático y que no tenga perfume fuerte y agudo, con maderas de gran utilidad, grandes como el alerce, y más grandes aún. Hay especias muy caras: pimienta blanca como la nieve y negra, ambas en gran abundancia. El oro abunda tanto en ellas, que es maravilla, pero están tan lejos y se pasan tantas fatigas para ir a ellas, que no hay muchos que se lleguen allá. Y cuando las naves de Çaiton o de Guinsai atracan a ella es siempre con gran provecho y ganancia. Pero para llegar a ellas tardan un año, pues van en invierno y vuelven en verano, porque los vientos son en esa época favorables, y estotra al volver estotra, uno sopla en popa en invierno y otro en estío. Esta región está muy alejada del camino de la India, y os dije que se llamaba mar de la China, y quiero que sepáis lo que llamo mar Océano. Pues se dice mar de Inglaterra o mar de la Rochela; así, aquí mar de China y mar de Indias, pero todos éstos son un común denominador, que es el mar Océano.

Esta descripción plantea no pocos interrogantes y aparentes contradicciones nada fáciles de resolver. En cuanto al topónimo se refiere, parece haber pocas dudas de que Cipango deriva del chino antiguo Ribenguo, con que se denominaba a esta isla y que quiere decir ‘país del sol naciente’ (F. Jacobs). Si se trata de una isla grande, frente a las costas de China y con gran trato de mercaderes no puede ser otra que Japón, que dista apenas 200 kilómetros de la costa asiática continental. Marco Polo, sin embargo, menciona una distancia mucho mayor, de 1.300 millas marinas. Ese dato crucial, que Marco Polo no pudo contrastar por sí mismo, le fue proporcionado por sus interlocutores chinos, a sabiendas de que era manifiestamente falso por exagerado. En un reciente intercambio oral sobre este tema con la profesora Reiko Tateiwa, experta en la cuestión, me apuntaba un dato crucial: en efecto, el norte de Japón era productor de oro que se exportaba a China. Como los chinos no dominaban política ni militarmente a Cipango, quizá los interlocutores de Marco Polo fueron

deliberadamente no veraces a fin de proteger sus intereses comerciales, ya que de otro modo Marco Polo y sus familiares se hubieran podido aventurar a una navegación por su cuenta a la mítica isla de las minas de oro. Incluso la afirmación de que hay oro pero en el interior de la isla y que nadie lo explota puede ser un uso patente de desinformación, a fin de desalentar tanto una posible toma de contacto directa con los productores como con los mercaderes chinos que en efecto importaban el oro japonés. Esta hipótesis de la profesora Tateiwa es hoy por hoy no solo verosímil sino me atrevería a decir que la única que explicaría tal divergencia de datos³. Pero el asunto dista de ser un caso cerrado habida cuenta de que otros dos datos de Marco Polo no casan bien con la identificación de Cipango con Japón, a saber: 1) Marco Polo se refiere a un palacio recubierto de oro. Es muy tentador relacionar esto con Kinkaku-ji, el famoso Templo del Pabellón de Oro conocido también con el nombre informal del Rukuon-ji o Templo del jardín de los ciervos en Kioto. El problema es que este fue construido originalmente en 1397 como villa de descanso del shogun Ashikaga Yoshimitsu y es por tanto posterior a Marco Polo. No puede sin embargo descartarse que este se refiriera a otro templo o palacio anterior también recubierto de pan de oro y que llegara a oídos de Marco Polo, pero esto es una mera suposición ya que no hay noticia cierta de su existencia. 2) Sobre los otros productos naturales de Cipango la producción de maderas preciosas y nobles se ajusta a la realidad japonesa, pero no así la abundancia de especias de todo tipo, especialmente la pimienta blanca y negra, propias de clima tropical y que por tanto no se dan en la mayoría del archipiélago. Igualmente problemática es la referencia a las perlas de color rosa y a la abundancia de piedras preciosas, que tampoco se corresponde con la realidad conocida de Japón. En conclusión, la identificación de Japón con Cipango es un tema complejo que se ha de estudiar con más profundidad, pero hoy por hoy tanto por la similitud de ambos topónimos como por los datos objetivos disponi-

³ Reiko Tateiwa es profesora de español en la Universidad de Estudios Extranjeros Kioto y coordinadora de investigación en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de Kioto. Tiene un artículo en japonés sobre la misión de Keicho o de Hasekura de 1613 con el respaldo del oro del norte de Japón: «Historiografía sobre la misión de Hasekura», 2013, que se recoge en la bibliografía. Tuvimos ocasión de intercambiar opiniones e investigaciones en el reciente encuentro en Kioto con motivo de la celebración del *II Congreso Ibero-Asiático de Hispanistas* (septiembre de 2013).

bles la balanza se inclina decididamente a que en efecto se trataba de Japón. No hay además alternativa viable, ya que ninguna otra isla ni archipiélago de importancia se encuentra al este del mar de China.

En cualquier caso, lo más relevante para el caso que nos ocupa es que los datos de Marco Polo fueron recogidos y aceptados por el erudito florentino Paolo Toscanelli (1397-1482), quien supuestamente escribió una carta en 1474 a la corte portuguesa proponiendo un proyecto de viaje al Oriente por la ruta occidental, al creer que la circunferencia del globo era de 29.000 km (cuando en realidad son 40.000) y por tanto la distancia entre Europa y Asia era navegable. Toscanelli, como puede verse en los mapas que ilustran este artículo, situaba por ello a Cipango en mitad del océano que supuestamente separaba Asia de Europa, de proporciones parecidas a las del océano Atlántico (ver mapa 1). El error de Colón se puede apreciar aún mejor con la superposición del mapa de Toscanelli y el del real océano Atlántico, que ilustra el comprensible error de Colón (mapa 2)⁴. Por la posición en que se encontraba a la vista de una gran isla, era lógico que Colón pensara reconocer en ella a la mítica Cipango⁵. Colón, pues, no tenía otra fuente de información al respecto salvo Marco

⁴ La superimposición del mapa se debe a Carl Weber, ver bibliografía.

⁵ Los originales latinos de la carta de Toscanelli y su mapa al portugués Fernao Martins no se conservaron. Colón conocía ambos, según el padre Las Casas, que afirma haberlos visto y de hecho reproduce el texto de la carta en traducción española. En el siglo XIX se encontró en la biblioteca colombina un autógrafo con el original latino. Con la publicación del libro de Henry Vignaud en 1902 se ha puesto en duda la existencia misma de la carta de Toscanelli y por tanto de la relevancia de sus ideas en el proyecto colombino. Vignaud cree que la carta de Toscanelli era una falsificación o incluso duda que existiera, y que el modesto origen de la idea colombina era más bien el relato de un marinero portugués que tras sufrir una tormenta en el océano habría sido arrastrado hasta una isla del Caribe, al oeste de toda tierra conocida. Luego habría compartido ese descubrimiento con Colón en la isla de Madeira. Hasta hoy no hay sin embargo prueba documental ninguna de esta hipótesis. Pero aun en el caso de que el tal marinero hubiera existido, difícilmente esto habría convencido a quienes financiarían la empresa de descubrimiento. A favor de la existencia de la carta de Toscanelli está el hecho de que Colón hubo de presentar alguna prueba documental de peso a los Reyes Católicos en apoyo de su arriesgado e innovador proyecto, y si la tal carta de Toscanelli era una falsificación sin duda se exponía a un serio castigo. En cualquier caso, para lo que aquí nos interesa, la carta y el texto de la carta de Toscanelli no es sino un trasunto de la información suministrada por Marco Polo que Colón conocía bien, y de ahí su idea de que se encuentra en Cipango.

Polo. A pesar de la fama del inmortal viajero, casi nadie en toda Europa se arriesgó a emprender un viaje comparable durante mucho tiempo. La excepción fue Nicolò de Conti (1395-1469), asimismo mercader veneciano, quien recorrió la India y las islas de la actual Indonesia. Su relato de 1444 era rico en descripciones sobre el tráfico de especias. Es muy probable que Colón lo conociera antes de publicarse por primera vez en 1492, ya que circuló en copias manuscritas durante la segunda mitad del siglo XIV, y bien pudo espolpear el deseo de alcanzar esas tierras por vía marítima. Pero al no haber estado en China ni Japón, el relato de Conti nada añadía sobre estos países a lo ya conocido por Marco Polo⁶.

Entendamos entonces el contexto de los hallazgos del 12 de octubre de 1492. La serie de islas que encuentra la expedición colombina en su itinerario no tiene una referencia clara. Se entiende así que comience un intento casi obsesivo de identificación con la toponimia de Marco Polo. La isla de San Salvador es por su pequeño tamaño y escasa población quizá alguna de esas miles de islas del archipiélago japonés o de su entorno. Pero el descubrimiento de Cuba despierta las alarmas: la isla mayor, piensa Colón, debe de ser Cipango porque cree entender que por lo que le dicen es una isla muy grande, importante y de gran trato de mercaderes (*Los cuatro viajes*, pp. 79-80). Colón, sin embargo, no logra encontrar pruebas fehaciente de que Cuba es realmente Cipango, por lo que en la siguiente isla que explora, a la que luego denominará Española, la confusión se hace aún mayor: unos nativos de la isla se refieren al interior de la isla como Cibao, que por su extraño parecido con Cipango el Almirante sospecha que quizá sea esta por fin la isla descrita por Marco Polo. Aun no se atreve a afirmarlo, sin embargo, dado que a la falta de pruebas se une la dificultad de entender lenguas extrañas: «la comunicación es por señas, porque por lengua no los entiendo» (p. 80). La idea de que Cibao, región central de la Española en efecto hasta hoy así llamada, pudiera tratarse de Cipango queda reforzado por una aventurada hipótesis del Almirante: al entender que los nativos de la Española parecen vivir en constante miedo y ansiedad por los ataques de los

⁶ El relato de Conti fue resumido por el humanista Giovanni Francesco Poggio Bracciolini, quien lo publicó como el capítulo cuarto de su obra en latín *De Varietate Fortunae* en 1492, al parecer como guía práctica para un tal Pietro Cara, a quien va dedicado el capítulo, ya que este se disponía a hacer un viaje a Oriente y carecía de referencias modernas para su ruta.

temibles antropófagos que ellos denominan caníbales, Colón interpreta que se trata de grupos de guerreros mandados por el Gran Can: «que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vezino; y terná navíos y vernán captivarlos, y como no vuelven, creen que se los han comido» (p. 124). Sobre esto volveremos más adelante.

El Almirante cree encontrarse en las inmediaciones de Cipango, tierra parcialmente conocida, aunque no descrita nunca visitada personalmente por un occidental y de la que por tanto no hay descripciones detalladas ni fieles. Como ha estudiado oportunamente Juan Gil, Cipango era en la imaginación de Marco Polo, que nunca la vio, la culminación de riquezas sin cuento, palacios de tejas de oro y donde se dan cita todas las maravillas del mundo⁷. Los animales que describe Colón del Nuevo Mundo no son tampoco los monstruos que esperaba de la India y que aparecen en los cartularios de la época, aunque no tanto en Marco Polo, especialmente grandes cuadrúpedos; al contrario, lo que ve son pajaritos y serpientes. «El chasco no puede ser mayor»⁸. Tampoco hay rastro de los animales míticos de Ofir o de las rarezas extrañas de toda suerte y condición debidas a la pluma de John de Mandeville y otros autores bajomedievales de febril imaginación (hombres con cola o cara de perro, sirenas, gigantes, amazonas o el Preste Juan). Lo que Colón ha leído, visto y escuchado hasta entonces por desgracia poco o nada parece ajustarse a lo que contemplan sus ojos. Surge entonces un discurso marcado por la frustración porque todo es nuevo, distinto, naturaleza inescrutable de árboles, plantas y flores, así como de animales y peces como de humanos, todo es único, novedoso y diferente. Paralelo entonces a este deseo y ansia por identificar las islas como territorio conocido, surge un nuevo lenguaje de lo arcano y extraño.

La primera descripción atenta y con detalle del nuevo paisaje, referida a la isla Fernandina, se registra el 16 de octubre, y se atiene estrictamente a la inefabilidad de lo nuevo y extraño. Todo es maravilloso, palabra clave y repetida, de una rareza enorme que raya en lo indescriptible:

Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo en duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas. Y vide mu-

⁷ Gil, 1988, p. 47 n.

⁸ Gil, 1988, p. 24.

chos árboles muy diformes de los nuestros, d'ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito esde una manera y toro de otra, y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra. Verbigracia: un ramo tenía las fojas de manera de cañas, y otro de manera de lantisco y así en un solo árbol de cinco o seis d'estas maneras, y todos tan diversos...Aquí son los peçes tan diformes de los nuestros, qu'es maravilla. Ay algunos hechos como gallos, de las más finas colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todas colores y todos pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no ay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también ay vallas. Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, sino papagayos y lagartos. Un moço me dixo que vido una grande culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide, aunque yo he estado aquí medio día; mas si las oviese, no pudiera errar de ver alguna (pp. 70-71).

Un día después el Almirante insiste específicamente en la diferencia radical de este paisaje con lo conocido en Castilla, y ello a pesar de que por su enorme variedad bien podría haber hallado algún rasgo de similitud. Al mismo tiempo y ya que no se halla apenas rastro de riquezas naturales como oro y especias, se realza de modo superlativo la belleza sin límites del paisaje. En cuanto a los habitantes, todos son como ya ha descrito a los de San Salvador, desnudos e inocentes, de bondad natural y de una generosidad sin límite:

anduve así por aquellos árboles, que eran la cosa más fermosa de ver que otra que se haya visto, veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía, y los árboles todos están tan diformes de los nuestros como el día de la noche, y así las frutas y así las yerbas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que ay en Castilla; por ende avía muy gran diferencia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no ay persona que lo pueda decir ni asemejar a otros de Castilla. La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones, y así desnudos y de la misma estatura, y daban del o que tenían por cualquier cosa que les diesen (p. 72).

A medida que pasan los días y el paisaje sigue siendo tan bello y aromático como inaprensible, aumenta su frustración por no hallar la posible utilidad o valor comercial que bien pudiera encerrar esa inacabable variedad de plantas, frutos, etc.:

Vide este cabo de allá tan verde y tan fermoso, así como todas las otras cosas y tierras d'estas islas que yo no sé adónde me vaya primero, ni se me cansan los ojos de ver tan fermosas verduras y tan diversas de las nuestras, y aun creo que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de espeçería, mas yo no los conozco, de que llevo grande pena. Y llegando yo aquí a este cabo, vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo (p. 75)⁹.

Por desgracia esta búsqueda infructuosa y frustrante del oro, como en los días siguientes la de las perlas, la canela, el algodón, la almáciga, el lentisco o el lináloe y tantas otras especias y metales preciosos, se asemeja al mito de Tántalo, cercano y en abundancia, según indicios de todo tipo e indicaciones de los isleños, pero siempre finalmente fuera del alcance de sus buscadores. Apenas algunos zarzillos y pendientes de los nativos pero en cantidades ridículas («es tan poco que no es nada», p. 78), y sin rastro de las fabulosas minas orientales que se creían propias de los climas tropicales. Pero la confianza casi ansiosa en que la búsqueda incesante dará su fruto no disminuye, al contrario. Enterado de la proximidad de la isla de Cuba, por su tamaño mucho mayor que las otras Colón no duda «que debe ser Çipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza d'ella y riqueza» (p. 79). La exploración de Cuba se atiene a su obsesión por encontrar trazas de su pertenencia a las tierras asiáticas descritas por Marco Polo. Así el jueves 1 de noviembre anota que sin duda se halla en tierra firme y «ante Zaitó y Quinsay, cien leguas poco más o menos» (p. 87)¹⁰. Pero a medida que recorre la costa no aparece ninguna de las urbes o productos de valor, sino los acostumbrados poblados de

⁹ Esta frustrante búsqueda se convierte en obsesión al punto de que Colón se repite casi *verbatim* unos días después. El continuo navegar no puede ni debe cesar: «ir mucho camino calar mucha tierra fasta topar en tierra muy provechosa de espeçería, mas yo lo cognozco, que levo la mayor pena del mundo, que veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su manera defruta y verde agora como en España en el mes de mayo y junio y mil maneras de yervas, eso mismo con flores; y de todo no se congnosció salvo este lináloe de que oy mandé también traer a la nao para llevar a Vuestras Altezas» (*Los cuatro viajes*, p. 79).

¹⁰ Se refiere a Quanzhou (actual Guangzhou), a la que Marco Polo denomina también Zayton porque así la denominaban los mercaderes árabes. Quanzhou juega un papel muy importante en el relato de Marco Polo, ya que de ahí parte la importante comitiva de la princesa Kokochin hasta tierras persas para desposarse allí con su prometido, de la que Marco Polo formará parte.

gente sencilla y desnuda, que, eso sí, prometen al menos convertirse fácilmente en un futuro próximo en excelentes cristianos, habida cuenta de su inocencia y falta de complejos ritos paganos. Pero al no parecer un signo inequívoco de pertenencia continental, definitivamente Colón identifica todo lo aquí visto, las Indias, como el espacio insular del extremo sur del Océano Índico, por lo cual aun no teniendo grandes riquezas ni pueblos desarrollados serían lugares estratégicos por su proximidad a ellos. No hay ponderación posible que haga justicia a su belleza, por lo que el recurso a lo inefable halla aquí su más cumplida expresión en el *Diario*:

Maravillóse en gran manera ver tantas islas y çertifica a los Reyes que desde las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las d'estas islas, que le parece que no las ay más altas en el mundo ni tan hermosas ni claras, sin niebla ni nieve, y al pie d'ellas grandíssimo fondo; y dize que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen. Y dixo que creía que avía grandísimas riquezas y espeçería en ellas, y que duran muy mucho al Sur y se ensanchan a toda parte. Púsoles nombre la mar de Nuestra Señora. Dize tantas y tales cosas de la fertilidad y hermosur a y altura d'estas islas que halló en este puerto, que dize a los Reyes no se maravillen d'encareçellas tanto, porque les çertifica que cree que no dize la çentéssima parte (*Los cuatro viajes*, p. 98).

En la última parte del recorrido por la isla de Cuba Colón enfatiza dos cosas: una, su convicción de encontrarse en tierras próximas a India, como certifican ciertos productos y animales que allí encuentra («nuezes grandes de las de la India... ratones grandes de los de la India también», *Los cuatro viajes*, p. 100); segundo, la reafirmación en la inefable belleza de los parajes que los hace únicos e insuperables en el mundo, con el añadido importante de que su riqueza forestal y buenos puertos naturales garantizan que podrían suministrar futuros astilleros para armadas; y tercero, que los indígenas son gentes dispuestas a colaborar con los españoles y convertirse a la Cristiandad. Hay por ello una incipiente aunque tímida idea de que estos lugares son aptos para colonizar, ya que además de sus virtudes naturales en ellos no han conocido ni sufrido males pestilenciales como en África (p. 110). Pero esto es apenas un esbozo de lo que viene a continuación, que supone una ruptura radical del discurso colombino.

El paisaje de la costa oriental de Cuba se asemeja mucho al de la costa occidental de Haití, y de hecho todo el entorno caribeño tiene rasgos básicamente uniformes dentro de la diversidad de lugares concretos particulares. Sorprenderá por ello que al leer el *Diario* la fecha del 6 de diciembre marca un antes y un después. Las anotaciones correspondientes a ese día ya desde un principio se caracterizan por un cambio de perspectiva referencial: lo que antes era extraño, lejano y exótico, siempre parecido o formando parte de Asia, la India o Cipango, ahora de repente se transforma en un entorno familiar europeo, de hecho extrañamente similar a Castilla o las Canarias. El Almirante apenas acabe de avistar en la lejanía desde la nao cuando empiezan las novedosas comparaciones. La isla es grande y altísima, afirma, aunque luego se contradice y dice que no está cerrada por montes sino que es llana. En todo caso lo que la hace singular es que a diferencia de Cuba y las otras islas donde predominaba lo salvaje y natural, aquí sus habitantes cultivan la tierra intensamente y de modo familiar: «pareçe toda labrada o grande parte della, y pareçían las sementeras como trigo en el mes de mayo en la campiña de Córdoba» (*Los cuatro viajes*, p. 118). Al sonar el puerto natural comprueba que es amplio y hondo, en una palabra «maravilloso» (p. 119). Y al poner en tierra observa Colón que la similitud con lo español se acentúa. Nada de diversas especies exóticas como hasta aquí nos tiene acostumbrados, sino al contrario: «los árboles más pequeños y muchos d'ellos de la naturaleza de España, como carrascos y madroños y otros, y lo mismo de las yerbas» (p. 120). Aquí y en adelante sospecha además (aunque no lo ve pero quiere verlo) que la isla está más poblada, lo que es un índice de riqueza y probablemente de desarrollo. Y no es de extrañar que así sea, habida cuenta la semejanza que, insiste, tiene con el paisaje español: «Toda aquella tierra era muy alta y no de árboles grandes, sino como carrascos y madroños, propia diz que tierra de Castilla... Y a cabo de seis leguas halló un a grande angla, y vido por la tierra adentro muy grandes valles y campiñas y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla» (p. 121). Para completar el cuadro de similitudes, el *leitmotif* se amplifica y refuerza aplicándose a todo lo observable, de modo que incluso la pesca y los pájaros, hasta aquí extraños, numerosos y desconocidos, ahora resultan ser especies conocidas, y aun de las más apreciadas por su belleza o utilidad comestible. El puerto recién bautizado como de la Con-

cepción, es un dechado de virtudes, como comprueba nada más recorrerlo por primera vez:

Y salió a tierra en un río no muy grande qu'está al cabo del puerto, que viene por unas vegas y campiñas que era maravilla ver su hermosura. Llevó redes para pescar, y antes que llegase a tierra saltó una liça como las de España propia en la barca, que hasta entonces no avía visto pese que pareciese a los de Castilla. Los marineros pescaron y mataron otras, y lenguados y otros peçes como los de Castilla. Anduvo un poco por aquella tierra, qu'es toda labrada, y oyó cantar el ruiseñor y otros paxaritos como los de Castilla...Halló arrayán y otros árboles y yervas como las de Castilla, y así es la tierra y las montañas" (p. 122)¹¹.

Este proceso culmina el domingo 9 de diciembre, apenas tres días después de iniciado. En este brevísimo tiempo el Almirante ha dado un vuelco en su percepción del paisaje natural y hasta humano de las Indias, tanto así que en la entrada de esta fecha se produce un hecho de la máxima relevancia y que en nuestra opinión no ha recibido el interés crítico que merece. Nos referimos al bautizo toponímico de la isla que, según Colón mismo señala más adelante (p. 124), era conocida por los nativos como Caritaba, y a la que él se dispone a renombrar de modo muy significativo. Cercanas al puerto de Sant Nicolás, afirma, hay unas vegas «las más hermosas del mundo y cuasi semejables a las tierras de Castilla, antes estas tienen ventaja, por lo cual puso nombre a la dicha isla Española» (p. 123).

¿Por qué el cambio? Quizá en efecto por ser ya invierno y por tener montañas más altas y verdosas crea Colón que el paisaje se asemeja a lo conocido, pero indudablemente hay una motivación estratégica detrás de todo esto. Tras casi dos meses de peregrinación isleña el oro y las especias no aparecen, y por tanto se van a volver de vacío, lo que haría peligrar el valor y sentido de la empresa. Cipango y Catay se le escapan, y por tanto se sustituye esto con la idea de que son tierras colonizables por su riqueza natural, además por supuesto de que la empresa evangelizadora tiene el éxito asegurado por ser sus habitantes dóciles y pacíficos. Nótese que la ponderación exagerada

¹¹ La referencia a los ruiseñores conlleva no pocas connotaciones. Según L. Olschki, esto de los ruiseñores y los verdores inefables huele a descripción imaginaria y tópica del Paraíso (*Storia letteraria dell scoperte geographiche*, Firenze, 1937, p. 13, cit. Por Gil, I, 1988, p. 26). El canto del ruiseñor es típico y tópico además de los parajes idealizados en clave *locus amoenus* que abundan en la literatura renacentista, especialmente en la poesía bucólica y novelas pastoriles.

de Colón no tiene límites. La Española es no solo comparable a España sino incluso superior («tiene ventaja»). Se insiste sobre esto tres días después, 13 de diciembre, diciendo que incluso: 1) las campiñas son aun mejores que las de Córdoba; y 2) que hombres y mujeres son más blancos que los de las otras islas, e incluso dos de las mujeres tienen «la tez tan blanca como las de Castilla» (p. 127) conveniente matización a la idea del exótico buen salvaje. Y de la numerosa población que la habita el encomio no es menor: «que estima ya por mayor que Inglaterra» (p. 146). De la tierra de las especias hemos pasado a una especie de Nuevas Islas Canarias que ofrecen un inmenso potencial incluso si no apareciera oro, lo que por cierto es probablemente solo cuestión de tiempo. Colón despliega sus amplios recursos literarios recreando un auténtico *locus amoenus* de feliz perfección bucólica, digno de la mejor tradición poética clásica y renacentista:

Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las yervas todas floridas y muy altas, los caminos muy anchos y buenos; los aires eran como en Abril en Castilla; cantava el ruiseñor y otros paxaritos como en el dicho mes en España, que dicen que era la mayor dulçura del mundo; las noches cantavan algunos paxaritos suavemente, los grillos y ranas se oían muchas; los pescados como en España. Vieron muchos almacigos y lignáloe y algodonaes; oro no hallaron, y no es maravilla en tan poco tiempo no se halle (p. 127).

La comparación con las Canarias es explícita y de hecho Colón llevado por su entusiasmo llega a la inexacta exageración de creer los montes de la Española incluso más altos que el Teide (p. 138). Colón insiste en esta comparación ventajosa algo después, con énfasis acen-
tuado en la bondad el puerto, condición básica y principal de todo asentamiento en ultramar.

En toda esta comarca ay montañas altíssimas, que parescen llegar al cielo, que la de la isla de Tenerife pareçe nada en comparación d'ellas en altura y en hermosura, y todas son verdes, llenas de arboledas, que es una cossa de maravilla. Entre medias dellas ay unas vegas muy graçiosas y al pie d'este puerto al Sur ay una vega tan grande que los ojos no pueden llegar con la vista al cabo [...] Este puerto es muy bueno para todos los vientos que puedan ventar, çerrado y hondo, y todo poblado de gente buena y mansa, y sin armas buenas ni malas [...] es el mejor puerto del mundo. Púsole por nombre el Puerto de la mar de Santo Thomás, porque era oy su día; díxole mar por su grandeza (pp. 142-143).

Consciente de su recurso a lo inefable y superior a lo conocido, Colón se adelanta a la posible duda o incredulidad del lector, en última instancia los Reyes, haciendo alarde consciente de su vastísima experiencia marítima y poniendo por testigos a sus compañeros de viaje. El Puerto aun innostrado que acaba de descubrir en la Española:

el cual vido ser tal que afirmó que ninguno se le iguala de cuantos aya jamás visto, y escúsase diciendo qu'él trae consigo marineros antiguos, y éstos dizen y dirán lo mismo, conviene a saber, todas las alabanzas que a dicho de los puertos pasados ser verdad, y se este muy mejor que todos ser asimismo verdad. Dize más d'esta manera: 'Yo e andado veinte y tres años en la mar, sin salir d'ella tiempo que se haya de contar, y vi todo el Levante y Poniente, que dize por ir al camino de Septentrión, que es Inglaterra, y e andado la Guinea, mas en todas estas partidas no se hallará la perfección de los puertos, fallados siempre lo mejor del otro; que yo con buen tiento mirava mi escrevir, y torno a decir y que affirmo aver bien escripto, y que agora este [puerto] es sobre todos, y cabrían en él todas las naos del mundo, y çerrado que con una cuerda, la más vieja de la nao, la tuviese amarrada (p. 139).

Los indios serán a no dudarlo siervos de Sus Majestades y aun cristianos por su comportamiento dócil y cooperador, de hecho *in pectore* ya lo son incluso más que los castellanos mismos: «porque los tiene ya por cristianos y por de los Reyes de Castilla más que las gentes de Castilla, y dize que otra cosas no falta salvo saber la lengua y mandarles, porque todo lo que se les mandare harán sin contradicción alguna» (p. 141).

Recapitulemos entonces lo ocurrido desde el 12 de octubre hasta la fatídica Nochebuena de 1492. Colón ha encontrado varias islas exóticas que cree cercanas a la India, Catay o Cipango, ciertamente apacibles en clima pero que no contienen ningún elemento de riqueza tangible y comercial, que era el objetivo central de la expedición. Los días pasan y las naos sufren del largo viaje. Además, el 21 de noviembre Martín Alonso Pinzón desapareció con la Pinta y de él nada se ha sabido desde entonces. La situación ya era difícil, pero la noche del 24 de diciembre ocurre una verdadera tragedia. Colón, fatigado por la larga navegación se retira a descansar algo antes de la medianoche dejando el mando de la nao capitana a Juan de la Cosa, quien a su vez delega en el timonel, un joven e inexperto grumete que en la oscuridad no acierta a ver los bajos rocosos cercanos a la costa. La

Santa María encalla y pronto se hunde irreparablemente. Los tripulantes logran ponerse a salvo pero esto deja a Colón en una situación límite. Solo queda una pequeña carabela, en la cual no podrán embarcar todos. Aun si Colón es capaz de regresar en la Niña, deberá responder ante los Reyes por haber vuelto pobre y sin conseguir ni uno solo de sus objetivos, y aun se cierne sobre él una probable acusación de crasa negligencia por ese incomprensible naufragio. ¿Qué hacer ante este panorama verdaderamente desolador? Aquí es donde Colón ha de hacer gala de todos sus recursos literarios, que no son pocos, para conseguir darle la vuelta a la situación merced a una operación retórica magistral.

La isla Española es una cuidadosa y sistemática construcción retórica que disfraza la realidad caribeña, ponderando sus ilimitadas virtudes y recubriéndola con un ropaje de supuesto parecido con España. Y decimos bien sistemática, repetitiva y machaconamente descrita como una variante mejorada y aun paradisíaca de lo mejor de Castilla y Canarias. Y por esto mismo no podemos sino pensar que esta evidencia interna textual nos lleva ineludiblemente a pensar que Colón manipuló su *Diario*, reescribiendo las entradas a partir del 6 de diciembre¹².

Digamos para concluir que, visto lo sucedido con perspectiva histórica, no puede dudarse que Colón tuvo un pleno éxito en esa aventura como autor. No solo los Reyes quedaron convencidos, sino la Historia. Hasta hoy la idea de que la isla Española era su favorita, la eterna niña de sus ojos en las Indias, pronto se convirtió en moneda común y ha resistido el paso del tiempo. Y sin embargo la evidencia de los hechos no parece corroborar esa afición. En el segundo viaje Colón delegó inmediatamente en su hermano Bartolomé para que dirigiera la reconstrucción del puerto y fuerte de Navidad, que había sido destruido. A pesar de no haber ni rastro del fuerte ni supervivientes y de sospecharse que ese puerto no reunía las condiciones adecuadas para el asentamiento, como así fue, Colón abandonó a su suerte a los numerosos expedicionarios del segundo viaje para dedicarse a descubrir más islas y el vínculo con tierra firme, una evidente dejación de sus funciones que demuestra que la Española distaba de

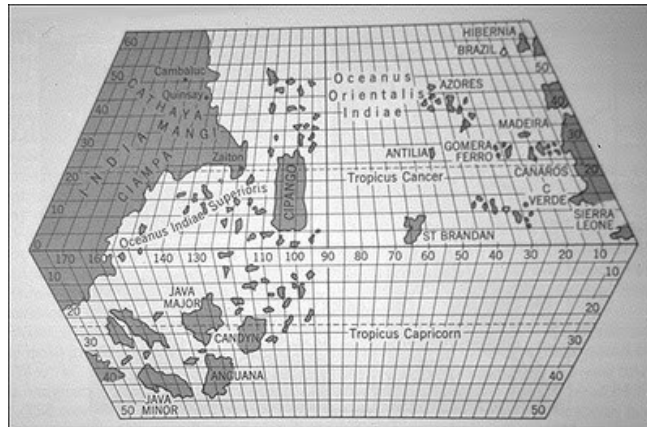
¹² Esta cuestión es considerada en detalle y con más profundidad en mi artículo «Colón, autor literario del *Diario* del Primer Viaje». Aquí me limito a resumir su contenido en lo que concierne al tema que nos ocupa.

facto de ser el paraíso descrito y ponderado en el *Diario* del primer viaje. Todo hace creer que la Española no era el objeto de sus atenciones ni de sus proyectos; antes bien, la obsesión por encontrar Catay, Cipango y en última instancia China, la India y las islas de las especias, seguía un su pecho tan viva y ardiente como lo había estado toda su vida. Colón era por temperamento, convicción y oficio un navegante genial y ciertamente no un conquistador ni gobernante. Las Indias, islas cercanas a la India, seguían siendo por tanto para él unas nuevas Azores o Canarias, mero puerto de escala en la soñada ruta al Oriente por vía occidental. Por razones de estrategia política Cipango cae pues del relato colombino del Primer Viaje. El mito de Cipango seguía, no obstante, vivo en la compleja mente del Almirante Colón, que lo había soterrado de momento por necesidad, pero seguramente en su fuero interno abrigaba la esperanza de que, en un próximo viaje oceánico, encontraría por fin la isla de innumerables riquezas que el propio Marco Polo ensalzara aun sin haberlas visto jamás.

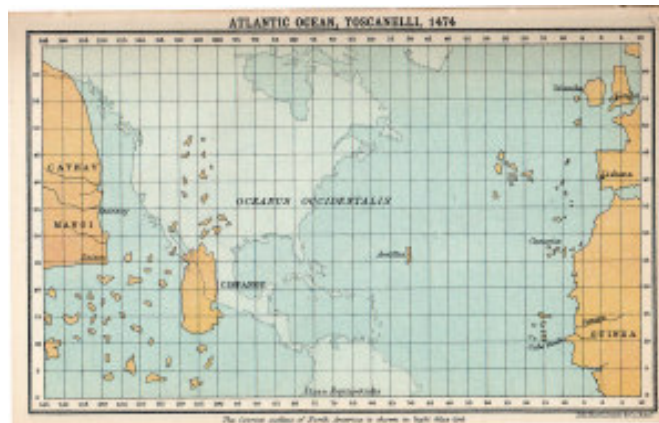
BIBLIOGRAFÍA

- Colón, Cristóbal, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 1986.
- Delgado Gómez, Ángel, «Colón, autor literario del Diario del Primer Viaje», en Álvaro Baraibar et al. (eds.), *Hombres de a pie y de a caballo: conquistadores, cronistas, misioneros en la América colonial de los siglos XVI y XVII*, Nueva York, IDEA/IGAS, 2013, pp. 23-38.
- Gil, Juan, *Mitos y utopías del descubrimiento*, vol. I, *Colón y su tiempo*, Madrid, Alianza Universidad, 1988.
- Jacobs, Franc, *Japan, Here I Come. Sailing West to Go East*. En: <http://strangemaps.wordpress.com/.../296-cathay-here-i-co>
- Polo, Marco, *Viajes*, trad. María de Cardona y Suzanne Dobelmann, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999.
- Reiko, Tateiwa, «Historiografía sobre la misión de Hasekura», *Las lenguas y culturas del Mundo Hispánico*, vol. III, Universidad de Estudios Extranjeros Kioto, Kioto, 2013, pp. 161-180.
- Varela, Consuelo, *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, Madrid, 1982.
- Vignaud, Henry, *Toscanelli and Columbus. The Letter and Chart of Toscanelli on the Route to the Indies by Way of the West*, Londres, Sands & Co, 1902. Reimpr. <http://archive.org/.../toscanelli,columb02vign/toscanellicolu>

Weber, Carl J., *1474 Toscanelli Map and Modern Cartographic Overlay*. En:
<http://carlweber.com/home/uncategorized>.



Mapa 1. Plano de Toscanelli



Mapa 2